

Productividad. ¿Qué pasaría si...?

“...tener en mente el impacto que la productividad tendrá sobre el nivel de vida del país en el futuro, cada vez que asome la recurrente tentación de sumar popularidad en el corto plazo a costa de políticas que pondrán un freno al crecimiento en el futuro”.

ROBERTO CASES

Economista investigador, Comisión Nacional de Evaluación y Productividad

RODRIGO KRELL

Secretario Ejecutivo, Comisión Nacional de Evaluación y Productividad

En su último Informe Anual de Productividad, la Comisión Nacional de Evaluación y Productividad (CNEP) estimó que la productividad de Chile varió en torno a 0% durante 2024. El magro crecimiento de 2,3% proyectado para el año recién pasado fue impulsado íntegramente por incrementos moderados de las horas totales trabajadas y del capital.

Si bien las variaciones de la productividad de un año a otro pueden no ser muy informativas respecto de la capacidad del país de usar eficientemente sus recursos para generar valor, la cifra recién publicada es preocupante, toda vez que el crecimiento nulo de la productividad es una tendencia que se ha sostenido durante casi dos décadas.

La relevancia de la productividad radica en que es el principal motor de un crecimiento económico sostenible. En contraste con las cifras actuales, las añoradas tasas de crecimiento de la década de los noventa en Chile se explicaban, en gran medida, por las mejoras en la productividad. Por ejemplo, entre 1991 y 1995, la productividad fue el elemento que más contribuyó al crecimiento del PIB, que alcanzó un 7,6% anual promedio.



Aunque la productividad se estancó hace casi 20 años, vale la pena reflexionar sobre qué habría ocurrido en la economía si hubiéramos sido capaces de sostener un dinamismo razonable hasta el día de hoy.

Si consideramos el crecimiento de la productividad para el período 1991-1995 (3,2%), y mantenemos todo lo demás constante, el resultado de este ejercicio indica que, en 2024, el PIB per cápita de Chile, en términos reales, habría alcanzado el nivel de algunas economías avanzadas, como Portugal. En contraste, actualmente nuestro país registra la mitad del PIB per cápita estimado para este escenario hipotético.

Mucha gente podría considerar que el escenario en que Chile habría mantenido tasas de crecimiento de la productividad sobre el 3% por casi treinta años es inverosímil. Mal que mal, a medida que los países se desarrollan, es esperable que la velocidad de su progreso disminuya. Sin embargo, a nadie le debiera parecer una locura pensar en incrementos anuales de la productividad posteriores más modestos pero positivos. Por ejemplo, si durante los últimos 25 años la productividad hubiese crecido anualmente a un ritmo de 1,5%, hoy tendríamos un ingreso por habitante 40% mayor que su nivel actual.

Para poner en perspectiva estas cifras, un 40% del PIB, en 2024, equivale a entre cinco y seis veces el presupuesto total destinado en los 4 años del Plan de Emergencia Habitacional (2022-2025) que busca, entre

otros objetivos, entregar 260 mil viviendas hacia el término del período de gobierno. Otra forma de comprender el efecto que habría tenido una productividad aumentando al 1,5% es la siguiente: el crecimiento adicional estaría reportando hoy mayor recaudación al fisco, incremento equivalente, al menos, al 40% de los ingresos fiscales actuales. Por supuesto, los salarios serían considerablemente más altos y estaríamos en mejor posición para enfrentar con mayor solidez desafíos pendientes en pensiones, salud pública, infraestructura, y educación, entre otros ámbitos.

La idea de este tipo de ejercicios no es rumiar con futilidad sobre el pasado, que no podemos cambiar, y lamentar el tiempo perdido. Pero sí es importante tener en mente el impacto que la productividad tendrá sobre el nivel de vida del país en el futuro, cada vez que asome la recurrente tentación de sumar popularidad en el corto plazo a costa de políticas que pondrán un freno al crecimiento en el futuro.

Por lo pronto, Chile debe poner acento en las áreas que pueden desencadenar su potencial de manera sostenida, pero que toman más tiempo del que nos gustaría, como la educación, la transformación tecnológica y la innovación en general. En paralelo, es urgente apostar decididamente por una agenda de mejora regulatoria enfocada en la simplificación y armonización de las normas existentes. Esta última vía de acción tiene la virtud de generar no solo mejoras de la productividad a la larga, sino también puede despertar un dinamismo en el corto plazo, especialmente si impacta positivamente en el ánimo y las expectativas empresariales.